

EDUARDO BARRIOS, *Tamarugal*. Una lejana historia entre dos cuentos que le pertenecen.—Santiago, 1944. 233 pp.

Aunque la fama de Eduardo Barrios como uno de los más destacados novelistas de Hispanoamérica quedó definitivamente cimentada en 1923, con la aparición de su libro *Páginas de un pobre diablo*, durante dos décadas no produjo otro trabajo literario importante. En 1944, con *Tamarugal*, continuó la descripción de la vida chilena. Teniendo como escenario los desolados campos de nitrato del norte chileno —sumidos en el intenso calor del mediodía, expuestos al frío penetrante de la noche, y también a violentas tormentas de polvo y viento—, ha trazado desnuda, con pocos pero hábiles trazos, la psicología de los protagonistas de estos relatos.

Difieren de sus personajes anteriores, porque en contraste con el débil tipo del chileno, tan admirablemente retratado en *Un perdido*, "El hombre" de *Tamarugal*, es un enérgico capataz de los duros trabajos del nitrato, bien capacitado para proteger los intereses de sus dueños británicos; pero demasiado tímido para proponerle personalmente matrimonio a Jennie, la encantadora joven, hija de un químico. En torno de ambos, mientras el noviazgo progresa, se mueven los miembros del personal, y las hordas de pobres mineros; pero la llegada al altar se retarda por incidentes casuales, como la muerte de un descuidado trabajador, el entierro de un minero, o el trágico suicidio de un ayudante de las oficinas, que sólo sirven para mostrar las reacciones de los novios.

La verdadera lucha se libra en el interior de Jennie, porque ya prometida al brusco, pero acaudalado administrador, que le dobla la edad, se enamora de un joven seminarista, Javier, que está a punto de hacerse sacerdote.

Desatendiendo tanto su deber filial como el orgullo por su futura posición social, está a punto de flaquear, cuando el objeto de sus afectos se fortalece y afirma. En medio de lágrimas se separan, pero con la promesa de aquél, de regresar, como capellán, a las minas.

La última escena es magistral, en su brevedad. Una riquísima viuda, madre de tres hijos, casi ejemplares, se halla sentada en su lujosa mansión en Santiago. A su lado está un distinguido prelado, amigo íntimo y consejero comprensivo ante las locuras de la juventud. Para el mundo, él es Monseñor; para ella, solamente Javier.

El cuento inicial, "Santo Remedio", crea el ambiente adecuado para *Tamarugal*, e introduce a "El hombre", poco después de que éste intenta el rescate del descuidado trabajador que muere triturado en la enorme máquina, la cual lo sujeta por un pie. Mientras se efectúa el entierro de aquella pulpa humana, ordena que cuelguen un hacha, cerca de la máquina, como "santo remedio" para evitar accidentes futuros.

En "Camanchaca", Barrios detalla con toques irónicos la tortura mental que se sufre cuando la imaginación y una conciencia culpable se unen para formar acechantes y traicioneros enemigos, de . . . dos gotas de lluvia.

Como Barrios conoció la región del nitrato, en su temprana juventud, es posible que estos relatos daten de ese período y hayan sido, más tarde, retocados para publicarlos. El mismo, en una nota para quien esto escribe, decía que ese trabajo "es una parte que faltaba en el panorama chileno de *Un perdido*." Pero especialmente en la escena culminante de *Tamarugal* y en la descripción del pánico creciente del jinete, en "Camanchaca", se perciben toques inconfundibles de Barrios.

J. R. SPELL,
University of Texas,
Austin, Texas.

